



Real  
Instituto  
Elcano

de Estudios Internacionales y Estratégicos

## **El futuro de la política latina**

*Rodolfo O. de la Garza*

Documento de Trabajo (DT) 59/2004

17/1/2005

## El futuro de la política latina

Rodolfo O. de la Garza \*

**Resumen:** El entorno político que históricamente había venido marginando a los latinos ha dado lugar a un régimen que presenta obstáculos importantes al acceso electoral pero que también ofrece amplias oportunidades para que este sector se convierta en un actor político de importancia. Para poder aprovechar este nuevo entorno es necesario entender la nueva demografía hispana, la viabilidad de lo étnico y lo panétnico como mecanismo de movilización de los latinos, el impacto real y potencial del voto latino y el modo en que los dirigentes políticos latinos deberían afrontar el futuro.

### La nueva demografía

Una población en continuo crecimiento está haciendo de los latinos un electorado importante que cada vez tendrá más peso en el futuro próximo. Debido a la inmigración, el número de hispanos ha aumentado desde 9,6 millones en 1970 hasta 38,8 millones en 2002, año en el que este colectivo se convirtió en la minoría de mayor tamaño del país. Este crecimiento es la base de la reivindicación de que los latinos son un electorado cuyas exigencias deben satisfacerse. No obstante, tal afirmación refleja un mal entendimiento del modo en que los inmigrantes influyen en la vida política de Estados Unidos.

La Constitución exige que todos los residentes en Estados Unidos sean contabilizados en el censo, ya sean nativos o nacionalizados, extranjeros residentes legales o inmigrantes sin documentar. En consecuencia, los inmigrantes han influido en la redeterminación del número de escaños correspondiente a cada Estado en beneficio de los hispanos (Poston *et al.*, 2003). Desde 1980 su presencia ha llevado a aumentos del número de escaños en el Congreso asignados a Arizona, California, Texas, Florida y Nueva Jersey, y, gracias a la Ley de derecho al Voto (Voting Rights Act, o VRA), muchos de estos nuevos distritos se han diseñado de manera que quede prácticamente asegurado el que en ellos resulten elegidos latinos.

Este aumento ha hecho que los hispanos pasen de ser una población concentrada regionalmente pero relativamente aislada a ser una minoría nacional (de la Garza, 1992, p. xiii). Pero, aun cuando su peso en el total de la población nacional se haya prácticamente duplicado en los últimos veinte años, en 2000 seguían suponiendo menos del 13% del total de la población del país. Además, incluso esta cifra exagera el peso electoral de los latinos, puesto que incluye a inmigrantes que no pueden votar o que no votan, los cuales constituyen el 40% de este grupo demográfico. El electorado hispano como entidad política queda reducido aún más por la presencia de inmigrantes que no se identifican como hispanos o que no interactúan con los mismos desde un punto de vista político, así como por el número cada vez mayor de los nuevos mestizos latinos, es decir, los hijos de matrimonios anglo-hispanos, que mantienen escasísimos vínculos con dicho

\* Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Columbia

grupo poblacional.

Si bien los inmigrantes han sido también el elemento clave en el aumento de distritos locales y legislativos estatales con altas probabilidades de que salgan elegidos latinos, hay que reconocer que los cargos a nivel local y los legisladores estatales son elegidos en dos tipos de distritos: uno consiste en ciudades y distritos en áreas como el norte de Nuevo México y el sur de Texas, donde los latinos llevan tiempo dominando numéricamente y por lo tanto no deben sus puestos a los recientes aumentos demográficos, y el otro está constituido por jurisdicciones desde California hasta Massachusetts donde la inmigración ha convertido a los latinos en la población mayoritaria.

Mientras que el segundo de los casos muestra por qué la cifra de cargos electos a nivel de distrito ha aumentado y seguirá aumentando en los próximos decenios, el aumento en dichos distritos se ha basado más en exigencias de la VRA que en las políticas y no ha hecho aumentar significativamente la influencia hispana en los principales ruedos políticos. Esto se debe a que los distritos con una amplia base de inmigrantes no exigen que los cargos hispanos movilicen a su circunscripción o desarrollen estrategias para ganarse el voto de circunscripciones no hispanas. Las experiencias adquiridas en las campañas desarrolladas en distritos tan homogéneos no ayudan demasiado a estos cargos hispanos a la hora de intentar alcanzar puestos más altos en circunscripciones más heterogéneas, tal y como demuestran las derrotas experimentadas por los latinos en la recientes luchas por las alcaldías de Los Ángeles y Nueva York, dos ciudades que presentaban características demográficas y de partido que hubieran debido propiciar una victoria hispana.

Este problema también afecta a los latinos cuando intentan obtener puestos importantes a nivel estatal. Tal y como queda reflejado en el Cuadro 1, tan sólo Nuevo México cuenta con suficientes ciudadanos latinos como para que éstos representen de forma regular un papel importante en la elección de gobernadores o senadores estadounidenses, puestos que (a excepción de la Presidencia) representan los cargos políticos electos más significativos del país. Así, no resulta sorprendente que el único latino que en la actualidad ostenta un cargo importante a nivel estatal sea el gobernador de Nuevo México. Aun así, esto no quiere decir que los latinos no salgan elegidos para puestos importantes a nivel estatal, sino que estos puestos son de menor nivel (como por ejemplo fiscal general de Colorado) o puestos simbólicos, desprovistos de autoridad política o con muy escasa preponderancia pública (como vicegobernador de California o secretario de Estado para Nuevo México).

**Cuadro 1. Hispanos y nacidos fuera de EE.UU. en estados con amplias poblaciones hispanas en 2000**

Estado	Población total	% de hispanos	% hispanos adultos no ciudadanos
Arizona	5.130.632	25,3	32,3
California	33.871.648	32,4	61,8
Colorado	4.301.261	17,1	27
Florida	15.982	16,8	41,5
Illinois	12.419.293	12,3	48,1
Massachusetts	6.349.097	6,8	40,7
Nueva Jersey	8.414.350	13,3	12,0
Nuevo México	1.819.046	42,1	36,9
Nueva York	18.976.457	15,1	28,1

La incapacidad continuada para suponer una competencia seria o vencer en elecciones a nivel estatal es un claro indicador del limitado impacto político de este crecimiento

demográfico.

En resumen, si bien este aumento ha representado un papel decisivo en las victorias electorales a nivel local y de distrito, no aumenta de forma automática la capacidad hispana de conseguir puestos importantes a nivel estatal y tener una gran influencia en las elecciones nacionales. Así, en vez de señalar este aumento como prueba de un nuevo poder político, los dirigentes latinos harían bien en transformar dicho aumento en una verdadera baza política. Entre otras cosas, esto exige desarrollar campañas de nacionalización, una necesidad reconocida tan sólo recientemente por los dirigentes latinos (Pachon *et al.*, 2004) pero que aumentaría enormemente el tamaño del electorado latino y por lo tanto proporcionaría un poderoso incentivo para que los grupos no latinos estableciesen sólidos puentes de unión con éstos.

Para resumir, la demografía no determina el futuro. Un aumento de la población no convertirá automáticamente a los latinos en importantes actores en el escenario político estadounidense, sino que su papel dependerá de factores tales como la medida en que logren actuar de forma conjunta, participar en el sistema político y desarrollar coaliciones con otros grupos. En el futuro político de los latinos también tendrán un peso importante otros factores fuera de su control, tales como la voluntad de otros grupos de trabajar con los hispanos.

### **Etnicidad y movilización electoral**

La inmigración ha diversificado la población hispana del mismo modo en que la ha aumentado. Hasta la década de 1980 la inmensa mayoría de individuos con apellidos españoles en Estados Unidos pertenecía a la población de origen mexicano del suroeste del país, a un grupo mucho más reducido de puertorriqueños en el noreste o a un grupo todavía más reducido de cubanos en Florida. Debido fundamentalmente a factores geográficos, estos grupos interactuaban muy poco entre ellos (de la Garza *et al.*, 1992, pp. 67-68). A partir de la década de 1980 empezaron a llegar inmigrantes procedentes de América Central y del Sur y del Caribe, los cuales se asentaron fundamentalmente en ciudades como Los Ángeles, Houston, Nueva York y Miami, donde ya existían comunidades bien establecidas de origen mexicano, puertorriqueño o cubano. Su presencia modificó el carácter de la comunidad hispana tanto a nivel local como nacional y aumentó la interacción entre grupos, lo cual dio lugar a una política hispana/latina, es decir, a reivindicaciones de que una comunidad hispana panétnica, que había reemplazado a las comunidades construidas en torno a nacionalidades bien diferenciadas como dominicanos o cubanos, había desarrollado una agenda política respaldada por las diversas nacionalidades en ella incluidas y en pro de la cual se movilizarían.

Quienes propugnan esta postura no se dan cuenta de que la identidad latina se construye en Estados Unidos, no en Latinoamérica. Los inmigrantes que identificamos como hispanos/latinos llegan con identidades nacionales bien definidas. El asumir que van a abandonar rápida o fácilmente sus identidades nacionales tradicionales en favor de una identidad estadounidense homogeneizada supone olvidarse de la fuerza emotiva del nacionalismo (Greenfeld, 1992). El pedir a estos individuos que sometan su identidad nacional histórica a una identidad panétnica, es decir, que dejen de identificarse como dominicanos y pasen a identificarse como latinos, puede tener éxito con el tiempo, y especialmente con el paso de las generaciones, a medida que los vínculos con el país de origen vayan reduciéndose (de la Garza *et al.*, 1997; Pachon *et al.*, 2000), pero para la generación inmigrante éstos constituyen un impedimento perpetuo para la creación de una nueva identidad capaz de desempeñar las mismas funciones psicológicas que la etnicidad (Smith, 1991).

Las pruebas de la limitada eficacia de la reivindicación panétnica son abundantes. En 1990, los ciudadanos estadounidenses de origen mexicano, puertorriqueño y cubano eran más propensos a afirmar que estos tres grupos “no eran demasiado similares” desde un punto de vista cultural a afirmar que eran “muy similares”, y cada uno de los grupos declaraba sentirse más próximo a los anglos (blancos no hispanos) que a cualquiera de los otros dos grupos. Este hecho refleja tanto las diferencias históricas entre estos grupos como la interacción mínima existente entre ellos dentro de Estados Unidos (de la Garza *et al.*, 1992, pp. 67-69).

La preponderancia de los vínculos nacionalistas sobre los panétnicos queda también de manifiesto en el hecho de que las denominaciones nacionales se prefieran a otras denominaciones como hispano o latino. En 1990, el 73% de los mexicoamericanos, el 75% de los puertorriqueños y el 77% de los cubanoamericanos preferían ser identificados según su país de origen, mientras que tan sólo un 21%, un 15% y un 13% respectivamente preferían que se hiciese referencia a ellos en términos panétnicos (de la Garza *et al.*, 1992, p. 40). En 2002, entre los latinos nacidos en Estados Unidos la popularidad de las denominaciones nacionales había ya disminuido, y éstos se decantaban por la denominación “americanos” más que por cualquier denominación de estilo panétnico (véase Cuadro 2). No obstante, al igual que sucedía en 1990, la denominación étnica por la que se decantaban la mayor parte de los latinos nacidos fuera de Estados Unidos era la de su país de origen, un patrón especialmente frecuente entre los inmigrantes.

**Cuadro 2. Identidad preferida por los latinos en EE.UU. en 2002**

Identidad preferida (%)	Latinos nacidos en		
	Total de latinos	EE.UU.	Latinos nacidos fuera de EE.UU.
Encuestado/país de origen	54	29	68
Latino/hispano	24	23	24
Americano	21	46	6

Fuente: Encuesta nacional de latinos para 2002 de la Kaiser Family Foundation/el Pew Hispanic Center.

También es importante destacar que aquéllos que en 1990 se identificaban exclusivamente con la denominación panétnica eran aquéllos con más posibilidades de ser asimilados y con menos probabilidades de mantener fuertes vínculos étnicos (Jones-Correa y Leal, 1996). Por ejemplo, quienes se identificaban exclusivamente como hispanos o latinos estaban más a favor de usar el inglés y menos de una educación bilingüe que quienes preferían fundamental o exclusivamente denominaciones nacionales. Esto sugiere que los primeros serían los menos propensos a movilizarse en favor de llamamientos políticos panétnicos. Parece razonable suponer que quienes se identificaban con la denominación panétnica en 2002 vayan a mostrar la misma propensión. Este patrón, junto con el espectacular aumento de quienes se identifican como americanos, plantea preguntas acerca de la eficacia a largo plazo de recurrir a llamamientos panétnicos para conseguir una movilización política de los hispanos.

Puede que la limitada utilidad de los llamamientos panétnicos esté relacionada con la escasa fuerza, más esencial, de los llamamientos étnicos de por sí. Los latinos no se unen de forma automática para apoyar a candidatos coétnicos. En 1990 más del 60% de los mexicoamericanos, puertorriqueños y cubanos afirmó no ser más propenso a votar cuando el candidato era coétnico y que su voto iba para “el mejor candidato” y no para el candidato étnico cuando la disputa era entre un coétnico y un anglo. No obstante, puestos a tener que elegir entre un coétnico y un anglo, al menos un 77% de cada grupo hispano respaldaría al primero (de la Garza *et al.*, 1992, p. 138). Hay que destacar que esta elección no se contradice necesariamente con la preferencia expresada inicialmente, sino que más bien lo más probable es que los candidatos coétnicos compartan también

las preferencias políticas señaladas por otros factores, tales como las preferencias de partido de los diversos electorados latinos. Así, se prefería a dichos candidatos coétnicos debido a características políticas comunes y por pertenecer a la misma etnia. Esto explica las derrotas de republicanos hispanos incluso bien financiados que se enfrentaron a demócratas anglos, como por ejemplo el caso de un candidato cubano a la alcaldía en 2003 o de un conocido mexicoamericano republicano en 2000 en el distrito 20 del estado de California, de importante peso mexicoamericano (Michelson, 2002b).

Otra prueba de las limitaciones de los llamamientos étnicos es la incapacidad de los candidatos latinos para depender de la coetnia para movilizar a los votantes que podrían conseguir su elección. Entre algunos ejemplos pueden citarse los de la campaña a la alcaldía de Los Ángeles por parte de Antonio Villaraigosa en 2001, los intentos de convertirse en gobernador de Cruz Bustamante durante las elecciones de destitución de California en 2003 o la campaña para convertirse en gobernador de Texas de Tony Sánchez en 2002. Todos estos candidatos parecen haber asumido que los hispanos se movilizarían en su favor y supondrían la base de su victoria. Si bien todos ellos consiguieron la mayoría del voto latino, en ninguno de los casos los latinos acudieron a las urnas en proporciones inusualmente elevadas. Si se analizan estos y otros casos de la década de 1980 incluso, puede concluirse que, si bien la etnicidad afecta de forma directa a las preferencias de partido, no afecta de manera directa a la elección de voto (Cain *et al.*, 1991; Graves y Lee, 2000).

Cuando entran en competencia consideraciones éticas y de partido, las segundas triunfan sobre las primeras; cuando se complementan, hay grandes posibilidades de que se produzca una movilización étnica o panétnica elevada y unificada, tal y como ocurrió en 2001 con la campaña a la alcaldía de Nueva York de Fernando Ferrer. De hecho, para sorpresa de prácticamente todos los analistas políticos, el apoyo hispano a Ferrer fue tan importante que, contra todo pronóstico, fuese capaz de forzar una segunda votación antes de que saliese elegido el candidato demócrata.

El éxito de Ferrer, si bien fue limitado en la medida en que no ganó la segunda votación, sugiere que son necesarios otros factores para que los llamamientos panétnicos sean efectivos. Uno de ellos es una cultura política que enfatice la exclusión histórica. Los latinos de Nueva York, especialmente los puertorriqueños, llevaban mucho tiempo en la parte más baja (o casi más baja) de la pirámide social de la ciudad y nunca habían sido rival en elecciones importantes a nivel de la ciudad o estatal. La campaña de Ferrer enfatizó las divisiones de clase, más que étnicas, en modos que resaltaban la exclusión de los puertorriqueños y dominicanos sin mencionarlas explícitamente. Además, su enfoque le hizo no tener que restar importancia a sus orígenes puertorriqueños para conseguir el apoyo de los anglos como Villaraigosa fue acusado de hacer. También evitó divisiones étnicas, puesto que no se centró en ningún grupo específico. Ni Bustamante ni Villaraigosa o Sánchez utilizaron este tipo de enfoque.

La combinación de todos estos ejemplos sugiere las condiciones en las que los llamamientos panétnicos (o étnicos) tienen más posibilidades de resultar efectivos. En primer lugar, deben reflejar las experiencias, los intereses y los objetivos de la circunscripción, más que ser fundamentalmente instrumentales. Históricamente, los llamamientos étnicos se han venido centrando en responder a la discriminación. En la actualidad, un verdadero movimiento panétnico podría emular con éxito dicha línea argumentativa si la exclusión discriminatoria siguiese siendo un aspecto clave de la vida de los hispanos. Sin embargo, éste no es el caso. Aunque en 1990 la mayoría de los mexicoamericanos y los puertorriqueños y un 47% de los cubanos afirmaron que su grupo experimentaba una gran discriminación (de la Garza *et al.*, 1992, pp. 94-95), menos de la mitad de esa cifra afirmó haber sido víctima de algún tipo de discriminación. Este patrón disminuyó aún más en 2002 (véase Cuadro 3), cuando la mayor parte de los

hispanos o bien identificaba la discriminación como un problema menor o bien ni siquiera la consideraba un problema y menos de la mitad afirmaba haber sufrido discriminaciones (Pew Hispanic Center, 2002, p. 32). Otras fuentes recientes declaran incidencias aún menores de casos de discriminación (Uhlener y García, 2002; Michelson, 2000a). En resumen, la discriminación no parece ser un problema lo suficientemente preponderante como para motivar a los ciudadanos hispanos a unirse en respuesta a llamamientos panétnicos generalizados. Así, la discriminación no fomenta un sentimiento lo suficientemente fuerte de destino común entre los hispanos como para motivarles políticamente, como sucede en el caso de los afroamericanos (Dawson, 1994). No obstante, puesto que los inmigrantes tienen una tendencia mucho mayor que los nacidos en EE.UU. a considerar la discriminación como un problema importante, existe la posibilidad de que dicha actitud común termine desarrollándose.

**Cuadro 3. Sensación de discriminación en 2002**

(%)	Un problema		No es un problema	No sabe
	Total	importante menor		
Total de latinos	75	38 37	21	4
Latinos nacidos en EE.UU.	71	26 45	25	4
Latinos nacidos fuera de EE.UU.	77	45 32	18	5
Blancos no latinos	54	13 41	30	16

Fuente: Encuesta nacional de latinos para 2002 de la Kaiser Family Foundation/el Pew Hispanic Center.

Otro aspecto que disminuye las posibilidades de que los hispanos se unan en torno al tema de la discriminación es el hecho de que describan la discriminación intergrupal como un fenómeno más corriente que la discriminación ejercida por los anglos. En 1990 tan sólo un 55% de los mexicanoamericanos y los puertorriqueños afirmó que sus coétnicos ayudaban más que “tirar abajo a los otros” (de la Garza *et al.*, 1992, p. 132). En 2002 el 83% de los latinos afirmó que la discriminación por parte de otros latinos era un problema, y la mayoría de quienes expresaron esta opinión describió dicha discriminación como un problema importante (véase Cuadro 4). Al comparar los Cuadros 3 y 4 puede observarse que la discriminación interétnica se consideraba más predominante y significativa que la discriminación ejercida por los anglos.

**Cuadro 4. Sensación de discriminación por parte de otros latinos en 2002**

(%)	Total	Un problema importante		No es un problema	No sabe
		e	menor a		
Total de latinos	83	47	36	16	1
Latinos nacidos en EE.UU.	73	29	44	24	3
Latinos nacidos fuera de EE.UU.	88	57	32	11	1

Fuente: Encuesta nacional de latinos para 2002 de la Kaiser Family Foundation/el Pew Hispanic Center.

Resultan desconcertantes dos aspectos de estos patrones. En primer lugar, ¿por qué hay un porcentaje tan elevado de latinos que habla de una amplia discriminación por parte de los anglos cuando sólo un porcentaje relativamente tan pequeño afirma haber sufrido personalmente dicha discriminación? Mi hipótesis es que, entre muchos de los nacidos en EE.UU., esta tendencia refleja el profundo historial de discriminación experimentado por miembros de la familia, por amigos o por el grupo en sí. En mis investigaciones, al pedir a los encuestados que describiesen sus experiencias de discriminación, muchos mexicanoamericanos dieron respuestas como “cuando mi padre solicitó un empleo” o “fijese en cómo trató la policía de Dallas al joven chicano que detuvo”. Esto sugiere que el

sentimiento de discriminación es parte de la cultura política hispana más que parte de las experiencias vividas por los latinos. La segunda anomalía es que los inmigrantes son más propensos que los nacidos en EE.UU. a considerar la discriminación un problema importante. Esto puede deberse al clima antiinmigración en el que viven y trabajan. La Propuesta 187 de California es una manifestación extrema, pero no aislada, de este hecho. También puede ser que se vean ampliamente confinados a los estratos más bajos del mercado laboral y sufran todos los abusos asociados a dichos trabajos. Sin restar importancia en modo alguno a las consecuencias negativas de la discriminación ejercida contra cualquier individuo o a la validez del modo en que se percibe la discriminación, lo que sí debe enfatizarse es el hecho de que, a nivel societario, el alcance y el impacto globales de la discriminación no parecen ser suficientes como para servir de motor de una movilización étnica o panétnica.

Un último indicador de por qué los llamamientos panétnicos tienen pocas posibilidades de tener éxito es el hecho de que los problemas que más preocupan a los latinos no están expresamente vinculados a la etnicidad. De 1990 a 2004, las encuestas reflejan que los problemas que más preocupan a los latinos son la economía y la educación, más que la discriminación o cualquier problema similar (Washington Post/Univision/Tomás Rivera Policy Institute, 2004; Tomás Rivera Policy Institute, 2000; de la Garza *et al.*, 1992, pp. 88-89). El Cuadro 5 ilustra una lista típica de prioridades.

**Cuadro 5. Problemas prioritarios para hispanos y anglos en 2000**

<b>Problemas (%)</b>	<b>Total de latinos</b>	<b>Latinos nacidos en EE.UU.</b>	<b>Latinos nacidos fuera de EE.UU.</b>	<b>Blancos no latinos</b>
Educación	40	35	48	20
Economía	17	18	15	21
Seguridad social	7	8	7	8
Impuestos	3	4	1	5
Criminalidad	4	4	3	2
Valores morales	6	8	5	13
Aborto	2	3	-	4
Asistencia sanitaria y médica	7	7	7	9
Defensa nacional/preparación para la defensa	6	7	5	10
Defensa de los derechos civiles	4	4	3	3
VIH/SIDA	2	1	2	-
No sabe	3	3	3	2

Fuente: Fuente: Encuesta nacional de latinos para 2002 de la Kaiser Family Foundation/el Pew Hispanic Center.

Todavía es más notable el hecho de que no sólo los problemas étnicos en general tienen una preponderancia muy escasa, sino que problemas que podrían parecer en un principio especialmente relevantes para los latinos, como la inmigración o la discriminación positiva, también son de escasa prioridad (de la Garza *et al.*, 1992, pp. 88-89; Pew, 2002, p. 42; Tomás Rivera Policy Institute, 2000; Washington Post/Univision/Tomás Rivera Policy Institute, 2004). La excepción más sobresaliente es el hecho de que en 2000 el 12% de los latinos de estados clave citase las relaciones raciales como una preocupación importante (Tomás Rivera Policy Institute, 2000).

También es importante darse cuenta de que los llamamientos panétnicos tienen más posibilidades de resultar eficaces en elecciones nacionales, que incluyan a todos los grupos de diferente origen nacional, o en estados como Nueva York y Florida, donde



ningún origen domina la población hispana. Cuando se realizan llamamientos panétnicos en estados como Texas, en el que domina un grupo, esto se debe a dos motivos. En primer lugar, la retórica política de dichos estados (y de la nación) acepta mucho más fácilmente etiquetas neutras como “hispanos” que denominaciones específicas de grupos como puertorriqueño o mexicanoamericano, vinculadas a conflictos históricos locales. En segundo lugar, empleando términos panétnicos, los líderes políticos latinos pretenden no sólo unir a todas las nacionalidades hispanas bajo su causa sino también invocar al espectro de un electorado nacional que se movilizará dentro de sus contextos específicos ante hechos que afecten a los hispanos en otros estados. En otras palabras, lo que se espera es que la política llevada a cabo en un marco hispano vincule a los mexicanoamericanos de Colorado con los puertorriqueños de Nueva York, de forma que si los demócratas de Nueva York actúan en contra de los puertorriqueños los mexicanoamericanos se movilicen contra el Partido Demócrata en Colorado. Sin embargo, no hay prueba alguna de que éste vaya a ser el caso. Por el contrario, las instituciones estatales y locales parecen tener más peso en la evolución de la vida política de los latinos que el origen nacional o que las principales características demográficas (de la Garza, 2004).

Para resultar más efectivos, los llamamientos panétnicos deberían estar camuflados dentro de campañas que enfatizen las preferencias de partido de los electores. En otras palabras, en áreas demócratas dichos llamamientos serán más efectivos si van vinculados a problemas y candidatos demócratas. Este patrón puede que no sea aplicable a los cubanos republicanos de Florida, ya que su agenda sigue dominada por la cuestión del anticomunismo, de forma que cualquier candidato es susceptible de recibir el apoyo de los votantes cubanoamericanos si defiende de manera más eficaz que el contrario la política cubana. Por ello el Presidente Clinton, que apoyó la visión de los cubanoamericanos con respecto a Castro, tuvo semejante éxito en Miami en 1996 (Moreno y Warren, 1999). En segundo lugar, los llamamientos panétnicos tienen mayores posibilidades de tener éxito en áreas donde la cultura política enfatice la exclusión basada en la etnia. Éste es el motivo de que en distritos en los que los latinos llevan mucho tiempo siendo candidatos sin salir victoriosos a menudo aumente considerablemente el número de personas que se presentan a votar la primera vez que los candidatos étnicos tienen posibilidades reales de ganar. Esto es lo que se observó en Texas a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, así como en Nueva York en 2001. Una vez que los latinos comienzan a conseguir puestos en dichas áreas, la eficacia de los llamamientos étnicos disminuye. Por último, tal y como ocurre en la mayor parte de los esfuerzos políticos que triunfan, dichos llamamientos suelen tener el mayor índice de éxito cuando son realizados por políticos eficaces. En resumen, a medida que han ido eliminándose las barreras tradicionales al voto y el número de latinos electos ha ido aumentando, la relevancia política de la etnicidad y la panetnicidad ha ido disminuyendo y han pasado a ser más importantes la capacidad de los candidatos y los problemas planteados por ellos.

### **Preferencia de partidos de los hispanos**

Los líderes latinos reivindican que el voto hispano es tan amplio que puede llegar a determinar el resultado de cualquier elección nacional (de la Garza, 1996). Así, cualquier partido que haga caso omiso de las exigencias de los latinos pone en peligro sus perspectivas electorales. Esto significa que el partidismo de los hispanos es fundamentalmente instrumental, más que ideológico, es decir, que se ve motivado por intereses personales pasajeros más que por preferencias políticas sólidas. Entre los anglos, sin embargo, la preferencia por un partido concreto es mucho más ideológica que instrumental (Green *et al.*, 2002) y no existen motivos para creer que los latinos vayan a ser una excepción a dicho patrón. Puesto que los latinos consideran que el Partido Demócrata representa mejor a la clase trabajadora y a las minorías y que la gran parte de

los latinos se ha identificado históricamente con los demócratas, lo más probable es que siga haciéndolo, al igual que los cubanos probablemente sigan permaneciendo en el bando republicano ya que republicanos apoyan más su oposición ideológica al régimen de Castro.

La afirmación de que los latinos votan de forma instrumental da lugar a la predicción cuatrienal de que los latinos supondrán el voto decisivo en las elecciones Presidenciales. Con todo, el significado de “voto decisivo” no está del todo claro: puede significar que el voto latino terminará decantando las elecciones hacia un candidato concreto, determinando así su resultado (en este escenario se da por hecho que los hispanos van a mantenerse fieles a las preferencias de partido establecidas y van a influir en las elecciones con un voto altamente cohesionado), o también puede hacer referencia a un grupo que emite su voto de forma instrumental, por lo que en cualquier elección votará por el candidato que esté más comprometido con su grupo, sea del partido que sea. En el año 2000, las “soccer moms”<sup>1</sup> fueron este grupo.

El argumento de que el voto latino puede llegar a determinar los resultados electorales nacionales pretende persuadir a los líderes de los partidos de que deben buscar el voto de los hispanos. Nuestros análisis de los resultados electorales de 1988 a 2000 indican que en raras ocasiones éste ha sido el caso (de la Garza y DeSipio, 2004). El papel representado por los latinos en las elecciones presidenciales puede conceptualizarse en cuatro tipos de elecciones, tres de las cuales reflejan resultados reales y una de las cuales indica las condiciones extremas y poco realistas que deberían cumplirse para que el voto hispano realmente hubiese influido en los resultados electorales reales en estados en los que podía haberlo hecho:

- Tipo 1. Elecciones en las que puede argüirse que el voto hispano ha sido decisivo para el resultado real de las elecciones. Esto ocurrió en Arizona en 1996.
- Tipo 2. Unas elecciones muy reñidas en las que los latinos pueden afirmar haber contribuido al triunfo, como fue el caso de Florida y Nuevo México en 2000 (y de Florida de nuevo en 2004). Si bien semejantes afirmaciones generan capital político, elecciones como éstas son tan reñidas que prácticamente cualquier grupo puede afirmar haber sido el elemento clave en el resultado final.
- Tipo 3. Elecciones en las que los latinos no influyeron en el resultado real, o en las que el voto hispano no podría reconfigurarse teóricamente de forma alguna para influir en el resultado de las elecciones con los estados específicos analizados.
- Tipo 4. Situaciones hipotéticas que nunca serán reales pero que ilustran tipos de condiciones extremas que deberían cumplirse para que el voto latino importase. Entre éstas se encuentran las elecciones en las que no vote ningún latino o elecciones en las que el resultado habría cambiado sólo con que aquellos latinos que apoyaban al candidato vencido hubiesen votado.

Debe destacarse que los patrones mostrados en el Cuadro 6 son fundamentalmente una función de cómo votan los no latinos. Si las elecciones a nivel estatal pasan a ser mucho más competitivas entre el electorado anglo, los latinos estarán en mejor posición de llegar a ser actores importantes. Si bien puede que dichos cambios se produzcan en algún momento en el futuro, no hay señales de que sea probable que se generalicen en un futuro inmediato. La estrategia republicana para 2004 se diseñó para centrarse en estados que incluían a pocos hispanos (Seelye, 2003). Esto indica que no es probable que los republicanos necesiten su voto o vayan a competir seriamente por él en aquellos estados con amplias poblaciones hispanas fuera de Florida, y en ausencia de dicha competencia tampoco es probable que los demócratas vayan a invertir demasiado para

---

<sup>1</sup> Madres jóvenes suburbanas de clase media/alta.

ganar de nuevo su apoyo en estados como California, Illinois o Nueva York. Así, desde un punto de vista político, probablemente 2004 sea una repetición de 2000, y eso significa que los hispanos volverán de nuevo a quedarse al margen (tal y como confirman los análisis preliminares de los resultados de las elecciones).

**Cuadro 6. Influencia del voto hispano en las elecciones presidenciales, de 1998 a 2000**

	<b>1988</b>	<b>1992</b>	<b>1996</b>	<b>2000</b>
Arizona	Tipo 3	Tipo 2. Los votantes republicanos latinos aseguran la victoria de Bush	Tipo 4. Victoria republicana sin votos latinos	Tipo 3
California	Tipo 3	Tipo 3	Tipo 3	Tipo 3
Colorado	Tipo 3	Tipo 2 Los votantes demócratas latinos aseguran la victoria de Clinton	Tipo 3	Tipo 3
Florida	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 4 Victoria demócrata de no votar ningún latino	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 2 Los 537 votos conseguidos por los republicanos incluyen una mayoría latina
Illinois	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos
Nueva Jersey	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 4 Victoria republicana de no votar ningún latino	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos
Nuevo México	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 4 Victoria republicana de no votar ningún latino	Tipo 4 Victoria republicana de no votar ningún latino	Tipo 2 Los 365 votos conseguidos por los demócratas incluyen una mayoría latina
Nueva York	Tipo 4 Victoria republicana de no votar ningún latino	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos
Texas	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 4 Los votantes republicanos latinos aseguran la victoria de Bush	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos	Tipo 3 Ninguna influencia de los latinos

---

Nota: Tipo 1: influencia decisiva; tipo 2: influencia disputada en elecciones muy reñidas; tipo 3: ninguna influencia real o hipotética; tipo 4: son necesarias condiciones extremas para que el voto latino influya.

Fuente: DeSipio y de la Garza, 2004.

Tampoco hay datos que respalden la afirmación de que los hispanos votan de manera instrumental más que ideológica. La preferencia de partido de los hispanos se han mantenido relativamente constante. Los cubano-americanos llevan siendo republicanos desde la década de 1960, mientras que los mexicano-americanos y los puertorriqueños, que constituyen aproximadamente el 80% de todos los latinos, llevan también mucho tiempo siendo demócratas. Así, los latinos que se identifican con los demócratas han venido rondando el 60% del electorado desde 1980, mientras que quienes se identifican con los republicanos nunca han superado el 30%. De hecho, ninguna encuesta ha mostrado un porcentaje de partidarios de los republicanos superior al 25% dentro de la población hispana.

Numerosos factores contribuyen a explicar por qué es poco probable que los latinos cambien de preferencia de partido. El más importante de ellos es el hecho de que dicha preferencia en los latinos refleja fundamentalmente factores sociales y políticos, más que económicos (Uhlener y García, 2002; Álvarez y Bedolla, 2001). En otras palabras, los hispanos no tienden a pasar a ser republicanos a medida que van aumentando sus ingresos. Esto queda claramente de manifiesto en el análisis de la política y las preferencias de partido hispanas en el sur de California (Barreto y Woods, 2003). La actitud de los latinos hacia aspectos como el aborto, la inmigración ilegal, la discriminación positiva, un seguro de salud subvencionado por el Gobierno y el control de armas, fundamentales para el Partido Republicano y en torno a los cuales republicanos e hispanos están en desacuerdo, también es indicativa de que el partidismo de los latinos responde a preferencias políticas más que a estatus socioeconómico. Por estos motivos parece claro que lo más probable es que persistan los actuales patrones de partidismo, a menos que los partidos cambien sustancialmente sus posturas en torno a estos aspectos, lo cual resulta poco probable (Álvarez y Bedolla, 2001).

Los inmigrantes hispanos vienen a aumentar la cifra de hispanos demócratas. Esto pudo observarse claramente en la década de 1980 (Cain *et al.*, 1991) y puede seguir observándose en la actualidad. El reciente aumento de votantes empadronados en el sur de California, que se debe en parte al aumento de ciudadanos nacionalizados, aumenta la brecha entre latinos demócratas y republicanos. En California, en 1998, los demócratas latinos empadronados superaban a los republicanos en una proporción de 4:1 prácticamente, lo cual supone un incremento importante desde la proporción de 3,4:1 en 1992 (Barreto y Woods, 2003). Este patrón es tan claro que los especialistas apoyados por el Centro para Estudios de Inmigración (Center for Immigration Studies), un *think tank* conservador, han afirmado que los esfuerzos republicanos por atraer el voto de los demócratas hispanos están siendo un rotundo fracaso (Gimpel y Kaufmann, 2001).

Otra muestra de la solidez de estos patrones de partidismo es el hecho de que reflejen el conocimiento hispano de las diferencias ideológicas entre demócratas y republicanos. La mayor parte de los hispanos describe a los demócratas y a los republicanos en los mismos términos que el ciudadano americano medio (de la Garza *et al.*, 1992, pp. 128-129), y los ciudadanos latinos están bien informados de la postura de ambos candidatos en torno a los asuntos clave de política (Nicholson *et al.*, 2002). Debido a sus lazos históricos con el Partido Demócrata, no resulta extraño que el 70% de quienes votaron a Al Gore tuviesen opiniones en torno al aborto, el control de armas y los “cheques” o “vales” escolares similares a las del candidato al que votaron (sólo un 51% de quienes votaron a Bush defendían posturas en línea con las de él). Además, comparados con los

votantes de Al Gore, quienes votaron a Bush estaban menos informados de sus posiciones políticas. Esto sugiere que un porcentaje importante del apoyo que los hispanos otorgaron a los republicanos en 2000 se vio motivado por el atractivo personal de Bush, y no por su agenda política. En la medida en que esto sea el caso, en el futuro los republicanos tendrán difícil el emular su modesto éxito.

Otro hecho que cuestiona aún más la afirmación de que es probable que los latinos viren hacia el bando republicano es el hecho de que, excepto en Florida, el electorado hispano ha ido acercándose cada vez más a los demócratas en los últimos años, tal y como muestra el Cuadro 7. En numerosos estados, el aumento del sentimiento pro-demócrata triplica los cambios hacia un sentimiento pro-republicano.

**Cuadro 7. Cambio de afinidad por un partido político determinado**

(%)	California	Florida	Illinois	Nueva York	Texas
Mucho más cercano a los republicanos que antes	4,75	21,55	4,7	4,7	8,6
Algo más cercano a los republicanos que antes	4,75	10,53	3,96	3,96	7,86
Mucho más cercano a los demócratas que antes	18,25	10,78	21,29	21,29	17,2
Algo más cercano a los demócratas que antes	12	5,01	9,16	9,16	10,32
Ningún cambio de afinidad	58	46,12	55,2	55,2	50,37
No lo sabe	2,25	6,02	5,69	5,69	5,65
Total	100	100	100	100	100

Fuente: de la Garza y Cortina, 2004, con datos del Tomás Rivera Policy Institute (2000).

Además, en California, Illinois y Nueva York es más probable que quienes se manifiestan republicanos hayan terminado votando a Al Gore de lo que lo es que quienes se manifiestan demócratas hayan terminado votando a Bush. Aun así, en Texas, donde los latinos demócratas superan a los republicanos, ocurre lo contrario, y lo mismo sucede en Florida, donde los latinos republicanos superan en número a los demócratas.

**Cuadro 8. Voto latino en las elecciones presidenciales de 2000 por inclinación política**

(%)	Demócrata convencional	Demócrata no muy convencional	Independiente tirando a demócrata	Independiente	Independiente tirando a republicano	Republicano no muy convencional	Republicano convencional	Total
<b>California</b>								
Bush	4,52	18,28	10	50	100	78,26	95	27,12
Gore	95,48	81,72	90	50	0	21,74	5	72,88
<b>Florida</b>								
Bush	6,25	36,17	15,79	72,41	100	94,05	98,94	66,85
Gore	93,75	63,83	84,21	27,59	0	5,95	1,06	33,15
<b>Illinois</b>								
Bush	4,69	16,8	25	36,36	76,92	75	90,91	24,3
Gore	95,31	83,2	75	63,64	23,08	25	9,09	75,7
<b>Nueva York</b>								
Bush	3,42	4,72	0	40	66,67	63,64	73,68	11,73

Gore	96,58	95,28	100	60	33,33	36,36	26,32	88,2
<b>Texas</b>								7
Bush	11	36,11	25	66,67	76,92	100	95,65	44,1
								2
Gore	89	63,89	75	33,33	23,08	0	4,35	55,8
								8

Fuente: de la Garza y Cortina, 2004, con datos del Tomás Rivera Policy Institute (2000).

Además, al analizar las preferencias de candidato en California, Nueva York e Illinois entre los votantes que declararon sentirse mucho más cercanos a los republicanos que antes, un número mayor habrían votado a Al Gore que a Bush. En Florida, independientemente de sus sentimientos hacia los distintos partidos políticos, los latinos tuvieron una mayor tendencia a votar al candidato republicano que al demócrata (de la Garza y Cortina, 2004).

En resumen, resulta poco probable que en el futuro inmediato los latinos modifiquen sus preferencias demócratas para apoyar a los republicanos. En base a los resultados de 2000, el único estado en el que podría haberse observado tal actitud sería Texas. Sin embargo, dichos resultados podrían reflejar un apoyo a un candidato texano más que un cambio de voto. Los futuros análisis servirán para clarificar esta cuestión.

### El voto hispano

No cabe duda alguna de que el principal recurso político disponible para los latinos es el voto. Dada su concentración en estados clave, pueden influir en el resultado de elecciones estatales o presidenciales cuando éstas presenten una elevada competencia, siempre que acudan a las urnas en grandes cantidades para apoyar a un mismo candidato (Guerra, 1992). Sin embargo, no existen muchas oportunidades de este tipo y aun cuando se presentan, el número de latinos que acude a votar en raras ocasiones se maximiza, de forma que muy pocas veces representan un papel central en el resultado de las elecciones. Así, una pregunta fundamental en torno al voto latino sería por qué se sigue manteniendo en niveles significativamente inferiores al de los anglos.

El voto hispano resulta desconcertante por dos motivos. En primer lugar, aun teniendo en cuenta las características socioeconómicas, que son los principales factores que explican el voto anglo, los latinos siguen votando menos que éstos (Michelson 2003b). Además, la influencia de factores tales como la edad y la educación, cuyo impacto en el voto anglo se mantiene en el tiempo, es mucho menos clara en el caso de los hispanos (Arvisu y García, 1996; DeSipio, 1996b; Hritzuk y Park, 2000).

Para explicar el escaso número de latinos que acude a votar es necesario tener en cuenta el papel de variables adicionales. Los puertorriqueños y los mexicoamericanos (al igual que los anglos) que participan en organizaciones votan en una proporción mucho mayor que los que no lo hacen (Díaz, 1996). No obstante, la tasa de latinos que pertenecen a organizaciones es tan baja (de la Garza *et al.*, 1992; Verba *et al.*, 1995; DeSipio *et al.*, 2003) que, aunque dicha participación aumente los índices individuales de voto, no hace aumentar de forma significativa el número de hispanos como grupo que acude a las urnas a votar.

En general, una explicación posible de los escasos índices de voto de este grupo podría ser el continuo aumento del electorado debido a inmigrantes nacionalizados y sus hijos, nacidos ya en Estados Unidos. De 1976 a 2000 el ritmo del aumento en el número de ciudadanos que no votaban superó al del número de votantes (véase Cuadro 9). La población total de ciudadanos incluye a hispanos nacionalizados que votan en menores

proporciones que los nacidos en EE.UU. (Bass y Casper, 1999). Esto resulta predecible dado que presentan las características demográficas asociadas a una baja comparecencia en las urnas, residen en barrios que los candidatos tienden a ignorar (de la Garza *et al.*, 1994) y en consecuencia tanto ellos como sus hijos no se encuentran bien integrados en la política electoral estadounidense. En Nueva York, a medida que aumentaba la población inmigrante, la comparecencia ante las urnas disminuía, un patrón aún más frecuente en Los Ángeles (Mollenkopf *et al.*, 2001).

**Cuadro 9. Votantes latinos adultos, ciudadanos adultos que no votan y adultos que no son ciudadanos estadounidenses, de 1976 a 2000**

Año	Adulto latino		Ciudadanos no estadounidenses
	Ciudadano estadounidense latino Votantes latinos	No votantes latinos	
1976	2.098.000	2.620.000	1.876.000
1980	2.453.000	3.112.000	2.645.000
% cambio 1976-80	16,9	18,8	41,0
1984	3.092.000	3.622.000	3.027.000
% cambio 1980-84	26,0	16,4	14,4
1988	3.710.000	4.368.000	4.815.000
% cambio 1984-88	20,0	20,6	59,1
1992	4.238.000	4.540.000	5.910.000
% cambio 1988-92	14,2	3,9	22,7
1996	4.928.000	6.281.000	7.217.000
% cambio 1992-96	16,3	38,3	22,1
2000	5.934.000	7.224.000	8.440.000
% cambio 1976-00	182,8	175,7	349,9

Fuente: Louis DeSipio y Rodolfo de la Garza 2004; *Muted Voices: Latinos and the 2000 Elections*, Rowman y Littlefield, Boulder, Colorado.

Entre los cubanoamericanos, por otro lado, la nacionalización parece estimular el voto hasta el punto de que los cubanos nacionalizados han votado en mayores proporciones que los anglos (DeSipio, 1996). Esto puede ser reflejo de sus elevados ingresos y su alto nivel educativo, así como sus intensas motivaciones ideológicas.

Como ya se ha mencionado anteriormente, las prácticas políticas que históricamente han servido para privar a los hispanos del acceso al ruedo político han sido mayoritariamente eliminadas. Además, no existen pruebas sistemáticas de que la discriminación pasada o presente haya afectado o esté afectando al número de personas que votan en la actualidad (Uhlener, 1996; Leighley, 2001; Michelson, 2000a; Clark y Morrison, 1995). Se han producido muy pocas manifestaciones de protesta acerca de intentos por parte de los agentes electorales de negar a los ciudadanos hispanos acceso a las urnas, como solía ocurrir antaño (García y de la Garza, 1977). No obstante, siguen existiendo prácticas que, si bien no han sido diseñadas para discriminar a los hispanos, reducen de manera desproporcionada el número de votantes latinos que acude a las urnas. Por ejemplo, la ausencia de registros el día de las elecciones reduce desproporcionadamente el número de votantes latinos que acude a las urnas con respecto al número de anglos que lo hace (Álvarez y Ansolabehere, 2002). De forma similar, la modificación del proceso de nacionalización, ya sea haciéndolo más complicado o más caro, reduce la

velocidad con que los inmigrantes pasan a ser ciudadanos. Esto, a su vez, impide que se les conceda el derecho al voto, lo cual tiene un efecto negativo en la capacidad de los latinos de acudir en gran número a votar (DeSipio y de la Garza, 2003).

La promesa de un electorado hispano amplio y comprometido sigue sin cumplirse debido a factores institucionales, políticos y demográficos. Los primeros incluyen reglamentos tales como los registros el día de las elecciones y normas más estrictas para gobernar el proceso de nacionalización. Los obstáculos políticos se centran en la poca predisposición de los partidos políticos a invertir en movilizar al votante latino. Los factores demográficos incluyen la juventud de la población, su bajo nivel de ingresos y su escasa educación, así como el amplio número de ciudadanos nacionalizados que necesitan ser integrados en la realidad electoral estadounidense. Hasta que no se haga frente a una combinación de estos factores, el potencial del voto latino seguirá sin explotarse.

### **Nuevo liderazgo, nuevos problemas**

A lo largo de mi argumento he sugerido implícitamente que los líderes hispanos representan en la actualidad un papel distinto al de antaño. En las décadas de 1970 y 1980, el sistema era tan discriminatorio que si bien líderes como César Chávez, Willie Velásquez, el congresista Edward Roybal y Robert García, Antonia Pantoja, José Ángel Gutiérrez, Vilma Martínez o Raúl Yzaguirre tuvieron que enfrentarse a obstáculos de enormes proporciones, a veces incluso amenazantes, su objetivo era claro: acabar con la discriminación sufrida por los hispanos, lograr una igualdad de trato ante la ley e institucionalizar la igualdad de acceso al proceso político. Si bien no todo ello se ha conseguido, la relativamente escasa discriminación de que son víctimas los latinos actualmente tanto a nivel social como por lo que respecta al trato con los funcionarios públicos, incluidos los tribunales (de la Garza *et al.*, 1992, p. 92; de la Garza y DeSipio, 2001), es indicativa de los logros que aquella generación de líderes contribuyó a alcanzar.

Los desafíos a los que se enfrentan los líderes de hoy son más complejos en el sentido de que hacen referencia a aspectos que ya no tienen tanto que ver con la etnicidad, sino más bien con la corriente dominante de los problemas políticos estadounidenses en general. Junto a la dificultad de hacer frente a estos problemas se encuentra la cada vez mayor heterogeneidad de la población hispana. Estos dos hechos juntos han cambiado tanto la comunidad política hispana que está claro que los ideales derivados de la lucha por los derechos civiles ya no sirve para guiar a los latinos hacia un futuro político de éxito. Así, a los latinos les vendría muy bien que el cambio hacia una nueva generación de líderes (como el iniciado con la dimisión de Raúl Yzaguirre en el Consejo Nacional de la Raza y la marcha de Antonia Hernández del Fondo Educativo y de Defensa Legal Mexicano (MALDEF), ambos actores destacados de la lucha política de los hispanos durante décadas) traiga consigo nuevas ideas acerca de cómo aumentar el peso político de los hispanos.

Los problemas que más preocupan a los latinos en la actualidad son indicativos del modo en que ha cambiado la realidad sociopolítica hispana. Tal y como muestra el Cuadro 10, la economía y la educación encabezan la lista de prioridades. Reflejo de este distanciamiento del énfasis otorgado a la discriminación y la eliminación de las barreras que impedían el acceso al proceso político es la "agenda nacional hispana" dada a conocer en 2000 por la Agenda Nacional Hispánica de Liderazgo (NHLA). La NHLA, una organización compuesta por 31 grupos hispanos de todo el país, define las prioridades de los hispanos dividiéndolas en seis categorías principales: educación, derechos civiles, responsabilidad del Gobierno, aumento del poder económico y sanidad. Claramente, estos son problemas generales, con muy escasa vinculación a la etnicidad de no ser porque son problemas especialmente intensos entre la comunidad latina.



**Cuadro 10. Asuntos de interés para los latinos en las elecciones presidenciales de 2004**

(%)	Nació n	Latino	Mexicano	Puertorriqueño	Cubano	CA	TX	FL	NY
Campaña estadounidense contra el terrorismo	19	15	12,5	13	52,1	11,2	12,4	31,4	14,6
Guerra en Irak	20	12,7	14	13,6	7,5	9,7	16,2	11	10,4
Economía y puestos de trabajo	28	33,3	32,8	32,7	20,2	35,5	32,4	31,4	27,1
Educación	12	17,5	19,6	16,1	6,4	22,7	15,5	7,3	22,2
Asistencia sanitaria	11	11,8	11,9	11,1	7,5	11,2	13,5	11,5	10,4
Criminalidad	1	2,7	2,7	1,2	2,1	3,3	2,7	2,6	2,8
Otros	8	3,8	3,5	6,8	2,1	3,5	4,2	2,6	6,3
No sabe	1	3,2	3,1	5,6	2,1	2,9	3,1	2,1	6,3

Fuente: Washington Post/Univision/Tomás Rivera Policy Institute, 2004.

Cabe destacar que, una vez presentada la agenda, la NHLA invitó a los candidatos presidenciales a discutir el modo en que implementarían sus propuestas. En otras palabras, la NHLA trató de lograr un compromiso de apoyo a sus prioridades políticas a cambio del apoyo electoral de los hispanos. No obstante, el poder de negociación de la NHLA se redujo a causa de la distribución basada en los estados del electorado y la realidad de la escasa comparecencia latina ante las urnas. Por eso definiendo que el principal problema político al que se enfrentan los latinos en la actualidad es el de cómo aumentar el número de personas que acuden a las urnas. Tal y como ya he mencionado, el crecimiento demográfico hace aumentar el número de votantes hispanos, pero el índice de aumento se ralentiza cuando se ve principalmente impulsado por la inmigración. Así, el ritmo de este aumento seguirá incrementándose a menos que se vea estimulado por campañas de empadronamiento y campañas destinadas a aumentar el voto. Aunque ambas son importantes, hasta la fecha se han destinado más recursos al empadronamiento de los votantes por presuponerse que si los latinos se empadronan, votarán. Puede que ése haya sido el caso de los afroamericanos del sur de Estados Unidos durante los movimientos de lucha por los derechos civiles y de Texas y otros estados con poblaciones latinas importantes durante las décadas de 1970 y 1980, cuando las autoridades políticas hacían difícil el empadronamiento de los hispanos (García y de la Garza, 1977), pero hoy en día, empadronamiento y voto ya no van de la mano, ya que el empadronamiento ha aumentado de manera espectacular mientras que los niveles de comparecencia ante las urnas prácticamente se han mantenido en los mismos niveles (de la Garza *et al.*, 2001). Esto se debe fundamentalmente no a obstáculos sistémicos, ya que no existen barreras importantes reales a que los latinos se empadronen o voten, sino más bien a las desproporcionadas inversiones destinadas a fomentar el empadronamiento en relación con las destinadas a movilizar a los votantes.

Si bien el aumento de los empadronamientos ha tenido escaso impacto en las elecciones presidenciales y otras elecciones a nivel estatal, estos votantes potenciales constituyen un importante recurso movilizable. Para sacarle el máximo provecho es necesario dejar de centrarse tanto en futuras campañas de empadronamiento y pasar a centrarse en campañas destinadas a conseguir un aumento del voto (de la Garza *et al.*, 2002) como las puestas en marcha históricamente por la maquinaria política (de la Garza y DeSipio, 1994; Michelson, 2002a; Ramírez, 2002).

Sin embargo, puede que resulte difícil implementar esta estrategia. Los cargos hispanos electos, como cualquier otro cargo electo, se resisten a cambios tales como

modificaciones de las fronteras de los distritos o la composición de su electorado resultantes de campañas de aumento de voto dirigidas a nuevos votantes que pueden estar abiertos a llamamientos de otros candidatos. Ése es el motivo de que los legisladores latinos de California se opusieran a la causa sobre redistribución de distritos interpuesta por el MALDEF tras el censo de 2000 (Cain y MacDonald, 2003). La propuesta del MALDEF habría reducido ligeramente las mayorías latinas en muchos de los distritos de mayoría latina y habría redistribuido a este colectivo por nuevos distritos donde habrían tenido la posibilidad de influir en los resultados electorales. Algunos de ellos estaban controlados en ese momento por demócratas anglos, que temían que la propuesta del MALDEF supusiese el tener que hacer frente al desafío de candidatos latinos. Así, mediante la oposición al MALDEF, los cargos hispanos no sólo defendían su permanencia en el cargo sino que al mismo tiempo estaban también fortaleciendo la relación con su partido a costa de disminuir el peso del votante latino.

Por lo tanto, corresponderá a organizaciones de base tales como Comunidades Organizadas para los Servicios Públicos (COPS) en San Antonio y otros grupos afiliados a la Industrial Arts Foundation (Warren, 2001), así como a organizaciones como el Proyecto de Registro y Educación Electorales del Suroeste (SWVRP) y la Asociación Nacional de Latinos Electos y Designados (NALEO), el fomentar campañas destinadas a aumentar el voto como estrategia fundamental. A diferencia de los cargos electos, las organizaciones como COPS han reconocido ya hace tiempo que para lograr sus objetivos deben ser capaces de hacer que los cargos tengan que rendir cuentas, y la mejor forma de conseguirlo es a través de las urnas. Es probable que el SWVRP y la NALEO participen cada vez más en campañas destinadas a aumentar el voto, no sólo debido a su preocupación por el bienestar hispano sino también porque se les financia para ello. De esta forma, pueden perseguir sus intereses institucionales al mismo tiempo que promueven los intereses de la comunidad.

Los sindicatos, con un índice cada vez mayor de trabajadores hispanos, también participan activamente en las campañas destinadas a aumentar el voto. Debido a que están mucho mejor financiados y organizados, sus campañas destinadas a aumentar el voto entre los hispanos son las que más probabilidades tienen de ser efectivas (de la Garza *et al.*, 2002). Con todo, hay que señalar que los sindicatos, al igual que los cargos hispanos electos, ponen sus intereses institucionales por delante de los intereses generalizados de los latinos. Esto quedó de manifiesto en la campaña para el puesto de gobernador de Nueva York en 2002, en la que el mayor sindicato del sector sanitario del estado, el SEIU 1190, dirigido por el entonces miembro del Comité Nacional Democrático Dennis Rivera, apoyó al gobernador republicano en ejercicio a cambio de beneficios para el sindicato. Aunque el sindicato recibió dichos beneficios, puede argumentarse que dicho acuerdo no persiguió los intereses de los latinos de la ciudad en su conjunto.

Otra forma de movilizar al electorado latino es desarrollar tácticas dirigidas específicamente a los hispanos pero sin recurrir explícitamente a llamamientos étnicos. Tal y como he mostrado anteriormente, éstos han dejado de estimular un mayor índice de voto entre los latinos y podrían hasta llegar a provocar una contramovilización entre los no hispanos, lo cual, más que reducir la brecha existente entre el número de votantes anglos e hispanos, podría llegar a aumentarla. Así, los líderes latinos deben desarrollar nuevas técnicas para aumentar el voto hispano. Una de las tácticas conllevaría el que los legisladores latinos coordinasen desde dentro de sus estados respectivos una campaña nacional destinada a aumentar el voto entre todos los ciudadanos para posibilitar el registro el día de las elecciones. En California, esto aumentaría el número de votantes latinos en un 11%, frente al aumento del 3-6% que provocaría entre los anglos (Álvarez y Ansolabehere, 2002). Si bien esto aumentaría el número de personas que acuden a las urnas en cada uno de los estados, el impacto real de esta medida dependería de las características demográficas de la población hispana en cada uno de ellos.

Una campaña semejante tendría tres resultados positivos para los latinos: 1) aumentaría de forma desproporcionada los índices de voto de los hispanos sin tener que hacerle el juego a los votantes étnicos; 2) demostraría que los legisladores latinos pueden trabajar como un grupo unificado para aumentar la influencia hispana; y 3) obligaría a ambos partidos políticos a respaldar el esfuerzo, ya que ambos declaran buscar el voto latino. Si alguno de los partidos se opusiese a esta campaña, haría que cualquier declaración por parte del mismo en relación con su interés en llegar al electorado latino fuese considerada falsa. El aspecto de esta táctica que debería resultar especialmente atrayente para los legisladores latinos es que su coste es prácticamente nulo. El único motivo posible para oponerse a ella sería el propio interés individual que llevó a los miembros de la Asamblea de California a oponerse al plan de redistribución de distritos del MALDEF. No obstante, si un amplio número de representantes latinos de todo el país se movilizase en favor de este plan, resultaría difícil imaginar que algún partido político o legislador estatal pudiese oponerse a él con éxito sin pagar un alto precio electoral con el tiempo.

Una segunda táctica sería que los congresistas hispanos uniesen fuerzas para propugnar legislación que concediese el derecho al voto a los puertorriqueños de la isla sin suscitar la cuestión de la categoría de estado, una cuestión que los puertorriqueños deberían decidir por ellos mismos. En efecto, esto haría su estatus mucho más comparable al de los indios americanos de las reservas y los ciudadanos de Washington D.C., pero no exigiría suscitar la cuestión de la categoría de estado, ya que ni las reservas ni Washington D.C. son estados. Tampoco eliminaría los regímenes fiscales especiales de los que disfruta Puerto Rico de cara al Gobierno Federal, ya que las reservas también disponen de regímenes financieros especiales. Al añadir más de tres millones de ciudadanos al grupo de hispanos que pueden votar, se aumentaría la influencia latina en las elecciones presidenciales, aumentando la cifra total de votantes latinos en uno o dos millones. De nuevo en este caso, no existe ningún motivo obvio por el que los legisladores latinos debiesen oponerse a esta propuesta. De aprobarse, en la medida en que los puertorriqueños comparten intereses socioeconómicos comunes y prioridades panétnicas, los latinos como grupo saldrían beneficiados. Si algún partido se opusiese al plan, se entendería que se opone a aumentar el electorado latino y, en principio, ello pondría en peligro cualquier apoyo que goce entre los hispanos.

No obstante, es necesario señalar que esta táctica exige que los puertorriqueños dejen de lado la ya duradera cuestión de la categoría de estado. La solicitud del derecho al voto no implica necesariamente la aceptación o negación de dicha reivindicación, pero otorgará a los puertorriqueños y a los hispanos en general un poder político mucho mayor. El derecho al voto, por ejemplo, no a tenido ningún efecto negativo en la identidad nacional de los indios Navajo ni de los indios Hopi. Los puertorriqueños deben aprender de estos ejemplos para mejorar el estatus político de latinos y puertorriqueños.

Es importante destacar que estas tácticas no incluyen a la mayor parte de las organizaciones hispanas. Esto se debe a que incluso aquellas organizaciones hispanas que declaran estar basadas en la comunidad, como la Liga de Ciudadanos Latino Americanos Unidos (LULAC), no disponen de un número significativo de miembros a nivel nacional (Márquez, 1993) y, al igual que grupos defensores como la NALEO y el SWVRP, dependen para su financiación de fundaciones, agencias gubernamentales que celebran contratos con ellos para servicios específicos y empresas y otros contratistas que buscan acceso a la comunidad hispana. Para recibir esta financiación, deben abstenerse de participar en actividades políticas explícitas si no quieren arriesgar su estatus exento de impuestos, lo cual implicaría el fin de su financiación. Además, al igual que muchos cargos electos, estos grupos tienen que responder ante quienes los financian en mayor medida que ante la comunidad hispana. De hecho, la financiación

corporativa es una parte tan vital de la financiación de las principales organizaciones nacionales que más de un asistente a sus juntas anuales las ha descrito como poco más que bazares que las empresas estadounidenses utilizan para acceder al mercado latino, sobre todo la industria del alcohol y las tabacaleras.

Un ejemplo de la influencia de dichas empresas en las organizaciones hispanas es la relación que la empresa Coors ha logrado consolidar con ellas. El histórico boicot mexicano a la empresa Coors terminó con un acuerdo que implicó la creación de la Asociación Hispana para la Responsabilidad Corporativa (HACR), cuya misión es facilitar la contratación de hispanos en puestos de alta dirección y una contribución de hasta USD 350 millones en anuncios en los medios de comunicación latinos, inversiones y ayudas y becas para impulsar la educación y los negocios hispanos. La suma real a desembolsar dependía de la cantidad de cerveza Coors que se consumiese como resultado de esta relación (Acuña, 1988, p. 380). Cabe destacar que los afroamericanos entablaron una relación similar con Coors, con la excepción de que su contrato no incluía ningún incentivo basado en el consumo.

Es importante enfatizar que las fundaciones también limitan las actividades de quienes reciben sus ayudas. Según Angelo Falcon, fundador y presidente del Instituto de Política Puertorriqueña (IPR), el apoyo recibido por esta organización de la Fundación Ford comenzó a disminuir cuando Falcon criticó a Dinkins, alcalde de Nueva York, altamente respaldado por los cargos de la Ford. En un momento dado la organización perdió todo el apoyo de esta fundación. Esta pérdida, junto con su ya duradera política de no aceptar fondos procedentes de alcohol o tabaco, puso fin al estatus del IPR como organización independiente. Con ello se perdió lo que los latinos del noreste del país y analistas independientes de todo Estados Unidos, incluido yo, consideraban el instituto político y de defensa más creativo de la región.

Un ejemplo igual de flagrante que el de las relaciones existentes entre los intereses de la industria del alcohol y el tabaco y estas organizaciones es el papel que determinadas organizaciones de importancia representaron durante el debate del NAFTA. El Gobierno mexicano consiguió que el Consejo Nacional de la Raza y otros grupos hispanos se movilizasen para conseguir apoyo para el NAFTA entre los hispanos, que posteriormente sería utilizado para presionar al Congreso para que aprobase el acuerdo. Dichas organizaciones persiguieron este objetivo aun cuando los latinos en general, así como la Comisión de Legisladores Hispanos (Hispanic Congressional Caucus), se oponían al acuerdo a menos que se añadiesen modificaciones al mismo que beneficiasen de manera directa a las comunidades hispanas del suroeste que más afectadas se verían por el mismo. Aun con dichas modificaciones, tan sólo una ligera mayoría de la delegación latina ante el Congreso votó a favor del acuerdo.

Estos ejemplos ilustran el grado en que los principales grupos latinos persiguen sus intereses institucionales, aun cuando estos vayan en detrimento del bienestar hispano o en contra de las preferencias de los latinos. Además, aun cuando ninguno de ellos de por sí tiene que rendir cuentas directamente a los latinos, quienes dirigen estos grupos se describen a sí mismos como líderes nacionales hispanos. Tales afirmaciones resultan exageradas, cuando no falsas, y, debido a la visibilidad y los recursos de que disponen estos grupos en comparación con otros, también impiden el desarrollo de una agenda hispana que refleje verdaderamente las prioridades del grupo. Por ejemplo, los latinos llevan mucho tiempo mostrándose ambivalentes con respecto a la inmigración, y sus representantes en el Congreso han venido reflejando esta postura. Las principales organizaciones hispanas, sin embargo, han mostrado claramente su apoyo a una reforma liberal de la misma. Independientemente de las preferencias políticas que se tengan a este respecto, no cabe duda alguna de que las políticas respaldadas por estas organizaciones están más en línea con las preferencias de las fundaciones y élites

hispanas que con las de la mayoría de los hispanos, incluyendo los extranjeros residentes en el país.

Aun así, tal y como demuestran las carreras de César Chávez y los reverendos Jesse Jackson y Al Sharpton, los dirigentes hispanos de grandes organizaciones basadas en la comunidad se encuentran en mejor posición para actuar como portavoces a nivel nacional que los cargos electos, la mayor parte de los cuales, prácticamente, ocupa cargos a nivel de distrito. Con todo, ninguno de ellos ha alcanzado dicho estatus. Ello puede deberse a que ninguno cuenta con el respaldo de las bases o a que los dirigentes de las principales organizaciones latinas han hecho hincapié en las relaciones con empresas y fundaciones más que en los lazos con la comunidad. Juntos, estos patrones ayudan a explicar por qué estos individuos y sus organizaciones disponen de tan poca visibilidad entre la población hispana (de la Garza *et al.*, 1992, p. 135). Debido a esta escasa visibilidad, a su falta de independencia y a la consiguiente defensa intermitente del bienestar general de los latinos, estos individuos no pueden afirmar de forma creíble ser auténticos líderes nacionales ni se debería confiar de forma automática en su opinión acerca del futuro de la comunidad latina.

Es bastante más probable que los representantes electos, a pesar de su oposición interesada a un aumento de la influencia hispana, proporcionen un liderazgo eficaz y con visión de futuro. Ellos mantienen un contacto mucho más estrecho con la población general y están bien informados de sus necesidades y carencias. Y lo que es más importante, en principio ellos sí que tienen que rendir cuentas a los votantes hispanos y, de no defender los intereses de la comunidad, ponen en peligro su carrera.

## **Conclusión**

La promesa de la política latina nunca ha sido mayor que la de hoy en día. Esto refleja en parte el grado en que los latinos han pasado a ser responsables de su propio bienestar y en parte los cambios en su escenario político. Donde antaño el problema era cómo conseguir acceso al proceso político, hoy lo es cómo sacar el mayor provecho posible al drástico aumento del tamaño de la población y el electorado, al acceso electoral derivado de la Ley de Derecho al Voto y al interés que ambos partidos afirman tener en el voto latino. Esta transformación requiere dejar de centrarse en cómo superar las enormes barreras empleadas para negar a los latinos el acceso político y pasar a centrarse en el desarrollo de estrategias destinadas a sacar el máximo provecho posible del nuevo entorno político y maximizar su peso electoral. Esto no quiere decir que ya no existan impedimentos a la participación política, sino que hoy por hoy los latinos ya forman parte de la política a nivel de los partidos mayoritarios y que están en posición de enfrentarse a dichas barreras desde dentro del sistema.

A pesar de esta favorable posición, los latinos tienen que seguir enfrentándose a importantes problemas que, de no afrontarse, empañarán su futuro. Entre ellos resultan especialmente importantes la inmigración y la incorporación de inmigrantes. Un futuro de éxito para la política latina exige que ésta represente un papel fundamental en el rediseño de la política de inmigración del país y del contrato social que gobierna el modo en que se trata a los inmigrantes, ya sean legales o indocumentados. El no tratar estos aspectos conllevará que la población hispana esté cada vez más segmentada, gran parte de la cual quedará relegada a los estratos más bajos de la sociedad.

Mientras estos aspectos se debaten, los líderes latinos deben evitar el abogar por políticas simplistas de apertura de fronteras y deben reconocer el modo en que la inmigración afecta a sus comunidades y a los propios inmigrantes. Una serie de estudios han mostrado claramente que los inmigrantes consumen más bienes públicos a nivel local de los que pagan a través de sus impuestos (Massey, 2002). Un motivo de ello es

que gran parte de los ingresos derivados de la recaudación de impuestos entre las comunidades latinas va a parar a las arcas nacionales. Los legisladores latinos deberían por lo tanto centrarse en desarrollar coaliciones con otros legisladores para encontrar mecanismos que permitan efectuar transferencias desde el nivel federal, que se beneficia de la inmigración, hacia las entidades locales, que son quienes corren con los gastos de la misma.

Además, los latinos deberían reconocer que muchos inmigrantes, especialmente los procedentes de México, no desean estar en Estados Unidos. Tan sólo acuden a este país debido a la situación política y económica que atraviesan sus países de origen. Los legisladores latinos y los grupos de interés, por lo tanto, deberían trabajar en colaboración con los dirigentes de política exterior estadounidense para impulsar una política de desarrollo en México y otros países. Por ejemplo, los latinos deberían exigir que el Gobierno mexicano realizase una mejor recaudación de impuestos, invirtiese en educación y creación de empleo y redistribuyese la riqueza de forma equitativa. Si no, los dirigentes mexicanos seguirán usando la emigración como válvula de escape que les evita tener que hacer frente a un tipo de reformas fiscales que podría reducir la necesidad de emigrar de gran parte de la población más desfavorecida de México. Hay que señalar que esta recomendación no es antiinmigración, sino que está destinada a posibilitar el que aquellos mexicanos que prefieran permanecer en su país de origen puedan hacerlo.

El influir en la inmigración y otros problemas de interés para el electorado hispano exige que los líderes encuentren formas de movilizar a los votantes. Dado el limitado éxito que alcanzaron los esfuerzos de este tipo en el pasado, estos líderes harían bien en centrarse en cambios institucionales tales como el empadronamiento el mismo día de las elecciones y unos procedimientos de nacionalización más modernizados.

Quizás la consecuencia más significativa del nuevo entorno político sea el reto que supone para los líderes latinos. Históricamente, los obstáculos sistémicos eran tan mayúsculos que los líderes de la comunidad estaban protegidos de cualquier tipo de acusación de incompetencia o errores de juicio. En la actualidad el acceso político es tan significativo que la promesa de un futuro brillante para la comunidad latina depende cada vez más de la capacidad y las opiniones de una nueva cosecha de líderes. Así, por primera vez, parece justo concluir que, si las circunstancias latinas no mejoran de forma significativa, ello será reflejo en gran medida de una mala gestión de sus líderes.

#### **Epílogo de las elecciones de 2004**

Los resultados preliminares de las elecciones de 2004 son coherentes en su mayoría con los análisis aquí presentados. Y lo que resulta más significativo, una vez más los latinos no influyeron en los resultados de las elecciones. De hecho, incluso en Florida, donde formaban parte de una coalición vencedora, los latinos no pueden afirmar haber decidido el resultado, como lo hicieron en 2000. Las encuestas a pie de urna sugieren que los hispanos de Florida proporcionaron a Bush un colchón de 300.000 votos. Aunque sustancial, esta cifra es inferior al margen de victoria del Presidente. En otras palabras, Bush podría haber ganado este estado sin dichos votos. También es posible que los hispanos desempeñasen un papel decisivo en la victoria republicana de Nuevo México, aun cuando la mayor parte de ellos votase a los demócratas. Esto se debe a que el Presidente Bush parece haber aumentado su porcentaje de votos latinos hasta el punto de conseguir que dicho voto decantase las elecciones a su favor en dicho estado.

Los latinos representaron papeles importantes, pero no decisivos, en estados en los que ganaron los demócratas, tales como California y Texas, al igual que en estados en los que éstos perdieron, como Arizona y Nevada. No obstante, puesto que la mayor parte de los latinos votó a los demócratas y los demócratas perdieron, parece claro que los latinos,

de nuevo, no determinaron los resultados de las elecciones.

Pero aunque no determinaron el resultado de las elecciones, los hispanos sí que representaron un papel mayor que el que habían venido representado hasta entonces en las carreras por puestos en el Congreso y el Senado. Esta afirmación resulta especialmente cierta en lo que se refiere al Partido Demócrata, con respecto al cual puede argüirse que los latinos registraron las dos principales sorpresas, ambas en Colorado. Allí, Ken Salazar consiguió un escaño en el Senado anteriormente ocupado por un republicano, y su hermano menor consiguió un escaño en el Congreso que se esperaba que ganasen los republicanos. La victoria del Senador Salazar es más notable que el escaño en el Senado conseguido en Florida por Mel Martínez, un candidato cuidadosamente elegido por el Presidente Bush y fuertemente respaldado por éste y que ganó en un estado en el que su partido salió victorioso.

El debate más importante suscitado por las elecciones de 2004 es el grado en que los latinos han votado a los republicanos. Los sondeos disponibles presentan resultados extremadamente contradictorios. Las encuestas a pie de urna facilitadas por los consorcios de noticias sugieren que Bush recibió aproximadamente el 45% de su voto. Los sondeos realizados inmediatamente antes de las elecciones predicen un apoyo mucho menor, como también lo hace un sondeo realizado por el Instituto Willie Velásquez, un organismo prodemócrata pero generalmente fiable. Importantes especialistas del voto latino ponen en duda ambos resultados. Cualquiera que sea el dato correcto, no cabe duda de que el acercamiento republicano ha tenido su efecto. Lo que no queda tan claro es si dicho efecto es tan sólo temporal o si por el contrario refleja un cambio de preferencias de partido. Al intentar dar respuesta a esta pregunta resulta imperativo recordar que los latinos votaron en una proporción superior al 40% en favor de Ronald Reagan en la década de 1980 y posteriormente volvieron a su historia tradicional de fuerte apoyo a los demócratas. El tiempo nos dirá si aquel patrón volverá a repetirse o si por el contrario 2004 es el comienzo de una nueva era.

*Rodolfo O. de la Garza*

*Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de Columbia*

### **Bibliografía**

- Acuña, Rodolfo (1988), *Occupied America: A History of Chicanos*, 3rd ed., Harper & Row, Nueva York.
- Álvarez, R. Michael, and Stephen Ansolabehere (2002), 'California Votes: The Promise of Election Day Registration', Demos, Nueva York.
- Álvarez, R. Michael, and Lisa Garcia Bedolla (2001), 'The Foundation of Latino Voter Partisanship: Evidence from the 2000 Election', paper presented at the Annual Meeting of the Western Political Science Association, Las Vegas, Nevada, 14-17/III/2001.
- Arvisu, John R., and F. Chris Garcia (1996), 'Latino Voting Participation: Explaining and Differentiating Latino Voting Turnout', *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 18, nº. 2, p. 104-28.
- Barreto, Matt, and Nathan D. Woods (2003), 'Latino Voting Behavior in an Anti-Latino Political Context', in Gary Segura and Shaun Bowler (Eds.), *Diversity in Democracy: Minority Representation in the United States*, University of Virginia Press, Charlottesville (in press).
- Bass, Loretta E., and Lynne M. Casper (1999), 'Are There Differences in Registration and Voting Behavior between Naturalized and Native-Born Americans?', US Bureau of the Census Population Division, Working Paper nº. 28., p. 19.
- Cain, Bruce E. and Karin Mac Donald (2003), 'Victims of Their Own Success: Latino Divisions on Redistricting. Paper presented at Renewing the Voting Rights Act',

paper presented at Renewing the Voting Rights Act Conference, sponsored by the Department of Political Science, Columbia University and York University Law School.

- Cain, Bruce, D. Roderick Kiewiet and Carole Jean Uhlaner (1991), 'The Acquisition of Partisanship by Latinos and Asian Americans', *American Journal of Political Science*, 35, nr. 2, p. 390-422.
- Clark, William A.V., and Peter A. Morrison (1995), 'Demographic Foundations of Political Empowerment in Multiminority Cities', *Demography*, 32, nº 2, pp. 183-201.
- Dawson, Michael C. (1994), *Behind the Mule: Race and Class in African-American Politics*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.
- DeSipio, Louis (1996b), *Counting on the Latino Vote: Latinos as a New Electorate*, University of Virginia Press, Charlottesville.
- DeSipio, Louis, and Rodolfo O. de la Garza (2003), 'Reshaping the Tub: Incorporating Latino Issues into the Voting Rights Act', paper presented at the Renewing the VRA Conference, hosted by Columbia University and New York University Law School.
- DeSipio, Louis, and Rodolfo O. de la Garza (2004), 'Between Symbolism and Influence: Latinos and the 2000 Elections', in Rodolfo O. de la Garza and Louis DeSipio (Eds.), *Muted Voices: Latinos and the 2000 Elections*, Rowman & Littlefield Publishers, pp. 13-60.
- DeSipio, Louis, Harry P. Pachon, Rodolfo O. de la Garza and Jongho Lee (2003), 'Immigrant Politics at Home and Abroad: How Latino Immigrants Engage the Politics of Their Home Communities and the United States', Tomás Rivera Policy Institute, Claremont, California, p. 55.
- Díaz, William A. (1996), 'Latino Participation in America: Associational and Political Roles', *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 18, nº 2, pp. 154-74.
- García, F. Chris, and Rodolfo O. de la Garza (1977), *The Chicano Political Experience: Three Perspectives*, Duxbury Press, North Scituate, Mass.
- Garza, Rodolfo O. de la (1992), 'From Rhetoric to Reality: Latinos and the 1988 Election in Review', in Rodolfo O. de la Garza and Louis DeSipio (Eds.), *From Rhetoric to Reality: Latino Politics in the 1988 Elections*, Westview Press, Boulder, Colorado, pp. 171-80.
- Garza, Rodolfo O. de la (1996), 'El Cuento de los Números and Other Latino Political Myths', in Anibal Yanez-Chavez (Ed.), *Su Voto es Su Voz: Latino Politics in California*, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, California, pp. 11-32.
- Garza, Rodolfo O. de la, Jerome Hernandez, Angelo Falcon, F. Chris Garcia and John A. Garcia (1997), 'Mexican, Puerto Rican, and Cuban Foreign Policy Perspectives: A Test of Competing Explanations', in F. Chris Garcia (Ed.), *Pursuing Power: Latinos and the Political System*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, pp. 401-426.
- Garza, Rodolfo O. de la, Charles W. Haynes and Jaesung Ryu (2001-02), 'An Analysis of Latino Voter Turnout Patterns in the 1992-1998 General Elections in Harris County, Texas', *Harvard Journal of Hispanic Policy*, 14, pp. 77-95.
- Garza, Rodolfo O. de la, and Jeronimo Cortina (2004), 'Dance with the One What Brought You: Latino Partisan Fidelity', paper presented at the From Rhetoric to Reality: Latino Politics in 2004 Conference, Los Angeles, California, 26/III/ 2004.
- Garza, Rodolfo O. de la, and Louis DeSipio (Eds.) (1999), *Awash in the Mainstream*, Westview Press, Boulder, Colorado.
- Garza, Rodolfo O. de la, and Louis DeSipio (Eds.) (2004), 'Muted Voices: Latinos and the 2000 Elections', in Paula D. McClain and Joseph Stewart Jr. (Eds.), *The Spectrum Series: Race Ethnicity in National and Global Politics*, Rowman & Littlefield Publishers.
- Garza, Rodolfo O. de la, and Louis DeSipio (2001), 'A Satisfied Clientele Seeking More Diverse Services: Latinos and the Courts', *Behavioral Sciences & the Law*, 19, nº 2, pp. 237-48.



- Garza, Rodolfo O. de la, Louis DeSipio, F. Chris Garcia, John Garcia, and Angelo Falcon (1992), *Latino Voices: Mexican, Puerto Rican, and Cuban Perspectives on American Politics*, Westview Press, Boulder, Colorado.
- Garza, Rodolfo O. de la, Louis DeSipio, F. Chris Garcia, John Garcia, and Angelo Falcon (1994), 'Do 'Latinos Exist? – Latino Voices: Mexican, Puerto Rican, and Cuban Perspectives on American Politics', *Contemporary Sociology*, 23, n° 3, pp. 354.
- Garza, Rodolfo O. de la, Carolyn Dunlap, Jongho Lee, and Jaesung Ryu (2002), 'Latino Voter Mobilization in 2000: Campaign Characteristics and Effectiveness', Tomás Rivera Policy Institute, Claremont, California.
- Gimpel, James G., and Karen Kaufmann (2001), 'Impossible Dream or Distant Reality? Republican Efforts to Attract Latino Voters', Center for Immigration Studies, Washington DC.
- Graves, Scott, and Jongho Lee (2000), 'Ethnic Underpinnings of Voting Preference: Latinos and the 1996 US Senate Election in Texas', *Social Science Quarterly*, 81, n° 1, pp. 226-36.
- Green, Donald P., Bradley Palmquist and Eric Schickler (2002), *Partisan Hearts and Minds: Political Parties and the Social Identities of Voters*, Yale Ispis Series, Yale University Press, New Haven.
- Greenfeld, Liah (1992), *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Guerra, Fernando (1992), 'Conditions Not Met: California Elections and the Latino Community', in Rodolfo O. de la Garza and Louis DeSipio (Eds.), *From Rhetoric to Reality: Latino Politics in the 1988 Elections*, Westview Press, Boulder, Colorado, pp. 99-107.
- Guerra, Fernando (1998), 'Latino Politics in California: The Necessary Conditions for Success', in Michael B. Preston, Bruce Cain and Sandra Bass (Eds.), *Racial and Ethnic Politics in California*, IGS Press Institute of Governmental Studies, University of California, Berkeley, California, p. 439-53.
- Hritzuk, Natasha, and David K. Park (2000), 'The Question of Latino Participation: From an SES to a Social Structural Explanation', *Social Science Quarterly*, 81, n° 1 pp. 151-166.
- Jones-Correa, Michael, and David Leal (1996), 'Becoming "Hispanic": Secondary Panethnic Identification among Latin American-Origin Populations in the United States', *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, 18, n° 2, pp. 214-54.
- Leighley, Jan E. (2001), *Strength in Numbers?: The Political Mobilization of Racial and Ethnic Minorities*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.
- Márquez, Benjamin (1993), *Lulac: The Evolution of a Mexican American Political Organization*, University of Texas Press, Austin.
- Michelson, Melissa R. (2002b), 'Competing Vote Cues and the Authenticity of Representation: Latino Support for Anglo Democrats and Latino Republicans', paper presented at the Annual Conference of the Midwest Political Science Association, Chicago, Illinois, 25-28/IV/2002.
- Michelson, Melissa R. (2002a), 'Exploring Latino Political Efficacy and Electoral Participation in California and Chicago', paper presented at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Washington DC, 31/VIII-3/IX/2000.
- Michelson, Melissa R. (2003b), 'Getting out the Latino Vote: How Door-to-Door Canvassing Influences Voter Turnout in Rural California', *Political Behavior*, 25, n° 3, pp. 247-263.
- Mollenkopf, John, David Olson and Timothy Ross (2001), 'Immigrant Political Participation in New York and Los Angeles', in Michael Jones-Correa (Ed.), *Governing American Cities: Inter-Ethnic Coalitions, Competition, and Conflict*, Russell Sage Foundation, Nueva York, pp. 17-70.
- Moreno, Dario, and Christopher Warren (1999), 'Pragmatism and Strategic Realignment in the 1996 Election', in Rodolfo O. de la Garza and Louis DeSipio (Eds.), *Awash in the Mainstream*, Westview Press, Boulder, Colorado, pp. 211-237.

- Nicholson, Stephen P., Adrian D. Pantoja and Gary M. Segura (2002), 'Ich Bin Ein Latino! Sophistication, Symbolism, Heuristics, and Latino Preferences in the 2000 Presidential Election', paper presented at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Boston, Massachusetts, 29/VIII-1/IX/2002.
- Pew Hispanic Center (2002), '2002 National Survey of Latinos', The Pew Hispanic Center and The Kaiser Family Foundation, Washington DC.
- Pachon, Harry, Rodolfo O. de la Garza, and Adrian Pantoja (2000), 'Foreign Policy Perspectives of Hispanic Elites', in Rodolfo O. de la Garza and Harry Pachon (Eds.), *Latinos and U.S. Foreign Policy: Representing the 'Homeland'?*, Rowman & Littlefield Publishers, pp. 21-42.
- Pachon, Harry P., Matt A. Barreto and Frances Marquez (2004), 'Latino Politics Comes of Age: Lessons from the Golden State', in Rodolfo O. de la Garza and Louis DeSipio (Eds.), *Muted Voices: Latinos and the 2000 Elections*, Rowman & Littlefield Publishers, pp. 84-100.
- Poston, Dudley L., Steven A. Camarota and Amanda K. Baumle (2003), 'Remaking the Political Landscape: The Impact of Illegal and Legal Immigration on Congressional Apportionment', Center for Immigration Studies, Washington DC.
- Ramírez, Ricardo (2002), 'Getting out the Vote: The Impact of Non-Partisan Voter Mobilization Efforts in Low Turnout Latino Precincts', paper presented at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Boston, Massachusetts, 29/VIII-1/IX/2002.
- Seelye, Katherine Q. (2003), 'Shifts in States May Give Bush Electoral Edge', *The New York Times*, 2/XII/2003, A24.
- Smith, Anthony D. (1991), *National Identity, Ethnonationalism in Comparative Perspective*, University of Nevada Press, Reno.
- Tomás Rivera Policy Institute (2000), '5 State Validated Latino Registered Voters Election Survey', Tomás Rivera Policy Institute, Claremont, California.
- Uhlener, Carole Jean (1996), 'Latinos and Ethnic Politics in California: Participation and Preference', in Anibal Yanez-Chavez (Ed.), *Latino Politics in California: Su Voto es Su Voz*, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, pp. 33-72.
- Uhlener, Carole Jean, and F. Chris Garcia (2002), 'Latino Public Opinion', in Barbara Norrander and Clyde Wilcox (Eds.), *Understanding Public Opinion*, Congressional Quarterly, Inc., Washington DC, pp. 77-101.
- Verba, Sidney, Kay Lehman Schlozman and Henry E. Brady (1995), *Voice and Equality: Civic Voluntarism in American Politics*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Warren, Mark R. (2001), 'Dry Bones Rattling: Community Building to Revitalize American Democracy', *Princeton Studies in American Politics*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.
- Washington Post/Univisión/Tomás Rivera Policy Institute (2004), 'Election Survey of Latino Registered Voters'.